

LA NOVELA FILM

N.º 26

30 cts.



EL DETECTIVE



# La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjaan Vila  
Urgel, 7.-BARCELONA

# LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96  
Administración } BARCELONA

Año I

N.º 26

## EL DETECTIVE

Deliciosa comedia interpretada por

**CHARLES RAY**



• Paramount Pictures Corporation •

EXCLUSIVA  
**SELECCINE S. A.**





Prohibida la  
reproducción



## EL DETECTIVE

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

William Wells, hijo del *sheriff* de un humilde lugar, era un ferviente admirador de las hazañas policíacas.

Su ideal sería llegar a ser un detective famoso que llenara de admiración al mundo.

—Pero, hijo, ¿qué manera de trabajar es ésta?—reprendióle, el día en que comienza nuestra historia, su madre.

—Mamá, no te enfades conmigo; aun no he llegado a la página 48 de mi libro, y ya he deducido que los asesinos dieron muerte a la víctima con un martillo-pilón—la respondió William, dándose importancia.

—Lo que yo deduzco—añadió la madre,—es que habrá una muerte en casa si tu padre viene

y se encuentra con el coche sin enganchar. Yo me lavo las manos... ya lo sabes.

—Puedes ir tranquila, mamá... Ahora mismo me pondré a mi obligación.

A pesar de haber prometido cerrar su libro de audaces aventuras de policías y ladrones, William no lo hizo cuando su madre se hubo marchado, pues siguió leyendo:

### LA HUELLA SANGRIENTA

y el joven detective penetró resueltamente en la estancia tenebrosa.

De pronto, una mano de hierro apretó su garganta, y por detrás de su hombro apareció una siniestra y horrible figura.

Después de aparecérselo por detrás de su hombro, asustándole, su caballo, no le podía suceder otra cosa peor que ser sorprendido por su padre.

—¿No te da vergüenza descuidar el trabajo por leer esas idioteces que llenan las historias de detectives?—le reprochó muy serio.

—Estoy progresando, padre. Te convenceré de ello en cuanto haya un crimen en el pueblo.

El *sheriff* sonrió burlonamente y dijo a su hijo:

—Puesto que sabes tanto de detectivismo, adivina quiénes son los sirvergüenzas que roban mis sandías.

William, viendo despejarse el cielo de la gloria, manifestó a su padre:

—Déjame libre esta noche... Verás cómo doy con ellos.

Al véspero, el émulo de Sherlock Holmes hizo *ingeniosos* preparativos para que al cometerse el robo de la más insignificante sandía, una trampa lo pusiera sobre aviso. Esta trampa era un cordel, atado a su pie y tendido al suelo.



—¿No te da vergüenza descuidar el trabajo por leer esas idioteces...?

desde el campo de sandías hasta el observatorio que escogiera. Los ladrones tropezarían con el citado cordel y William sentiría una presión en el pie.

El *sheriff* quiso presenciar las proezas detec-



tivestas de su hijo y le siguió cuando, avisado del hurto de algún fruto por la combinación del cordel, William se deslizaba con sigilo, a flor de tierra, para sorprender a los ladrones.

Varios eran éstos, y todos la mar de tranquilos, pues, un poquitín más lejos del lugar del escumoteo, se hallaban sentados en círculo y saboreaban, sin exceptuar ninguno, con fruición, la jugosa sandía.

La banda en cuestión estaba compuesta por los amigos del mismo William, y nuestro simpático héroe, desarmado por la amistad, tuvo la debilidad, imperdonable en un defensor de la justicia, de hacer causa común con aquéllos para terminar la sacrificada sandía.

El *sheriff*, disgustado por este inesperado final, quiso dar una lección a su hijo y a los frescos de sus amigos, y disparó varios tiros al aire que, espantándolos a todos, los dispersaron como sombras fugaces.

William, que se había caído, fue alcanzado por su padre y recibió una seria reprimenda.

—¿Detective, eh? ¡Arreglado quedaba el mundo si todos los detectives fueran como tú!

—Padre, yo...

—Nada, nada... Mañana mismo te irás de casa. Yo no sostengo a rateros.

A la mañana siguiente, fuese William en busca de campo para ejercitar sus excepcionales aptitudes.

Un doctor muy mercantilista había convertido una mansión de recreo en Sanatorio de enfermedades nerviosas.

Conocía mucho mejor el doctor la ciencia de hacer el reclamo de su establecimiento y de tener contentos a sus enfermos, que la de la medicina, que había de curarlos.

William se detuvo frente al Sanatorio en cuestión y decidióse a entrevistarse con el director del mismo.

Mientras hacía antecala, se fijó en una armadura de guerrero y, tocándola, se le soltó a aquélla una mano, que William no pudo resituir en aquel momento, pues, precisamente, la criada que le había anunciado al doctor volvía en aquel instante con respuesta de que podía pasar.

En presencia del doctor, se expresó así:

—Me llamo William Wells, tengo veinte años y soy detective de profesión.

—¿Y qué es lo que desea usted de mí?

—Usted no puede prever los asesinatos y robos que pueden ocurrir en un establecimiento

como éste. Yo cumpliría a satisfacción de usted, se lo afirmo rotundamente. Yo he leído mucho...

El doctor, que era listo, vió que se trataba de un ingenuo con anemia polielaca, y como el muchacho era simpático, le respondió:

— Detective no necesitamos ninguno, pero si



*... se le soltó a aquélla una mano que William no pudo restituir en aquel momento, pues...*

usted quiere trabajar, le ofrezco un puesto de criado en el Sanatorio.

Considerando que por algo se empieza, y que lo mejor es empezar, William aceptó la oferta de empleo del doctor.

Al poco rato, transformado de medio señorito en fregón, enjabonaba el suelo de madera de un salón.

El doctor sabía ser agradable con sus clientas, y una de ellas, la señora Richley, una dama de la alta sociedad, gustaba de oírle y de tenerle a su lado. Esto era su mejor medicina, decía ella.

Mientras William trabajaba, se acercó a él un señor de buen porte, y muy gravemente le preguntó:

¿Han encontrado el cuchillo?

El detective "amateur" miró con detención al individuo que le hacía tal pregunta, y le contestó, intrigado:

—No, no sé nada... ¿Dónde lo perdió usted? Yo puedo ayudar a usted...

El señor guardóse la respuesta y se alejó de él.

En el Sanatorio había un paciente que, con el nombre de David Keen, ocultaba una personalidad conocida en los centros de policía.

A este sujeto dirigióse también el que acababa de hablar con William, preguntándole:

—¿Ha encontrado el cuchillo?

David no le hizo caso, y el buen hombre siguió preguntando a otros.

Como William, en su afán de descubrir algo, lo inspeccionaba todo, golpeaba las paredes, los suelos, hacía experiencias con una lupa, y etcétera, David, que le había estado contemplando, fué a preguntarle por qué hacía todo aquéello,



con lo cual le molestaba, pues él estaba leyendo y no podía sufrir el menor ruido.

—Estoy convencido de que llegaría a ser un famoso detective. ¿Pero qué quiere usted que haga en un pueblo donde no se comete ningún asesinato?—le respondió el joven.

David plantó a William tomándole por medio alienado.

De pronto, a los oídos de William llegó el rumor de los sollozos ahogados de una mujer.

Un perfume misterioso excitaba aún más la curiosidad del joven detective.

William aplicó su oído a la pared y, golpeando en ella, en distintos sitios, descubrió un pasaje secreto por el que, tomando sabias precauciones, desapareció.

El corredor daba a un jardín y estaba situado debajo de unas habitaciones. Por el rumor del llanto que le había sorprendido, determinó la habitación de donde procedía.

Al salir del escondite, subió al cuarto donde lloraba una mujer.

Para entrar en él, fingió fregar el suelo, y como quiera que la puerta estaba ligeramente entornada, pudo empujarla con disimulo, y tras de esto fué avanzando con una bayeta mojada en las manos, como si quitase manchas de las losas.

Era una linda joven la que se desesperaba en un rancho.

William tosió.

—No se asuste usted, señorita!—la dijo, al

ver que ella se había sobresaltado por su presencia en su cuarto. —¿Qué le ocurre a usted? Dígame su secreto... Soy detective y en punto a discreción, un mausolito.

Creyendo a William lo que era, un buen muchacho, la afligida joven le contó sus cuitas.

—No hay en todo el mundo una mujer más



*Creando a William lo que era, un buen muchacho, la afligida joven...*

desdichada que yo! He estado economizando durante dos años para venir aquí y codearme con la gente "chic"... Pero nadie me hace caso, porque no soy más que una pobre "coniquilla", como dicen ellos.



—Vamos, no llore usted más... ¡Sociedad... gente "chic"! ¡Son tonterías, palabras sin valor! Usted y yo somos dos genios ignorados... Pero no se alija... Aunque se rían de nosotros, llegará día en que nos riamos de ellos.

La "coniquilla" agradeció el consuelo al "detective"... y ¡bravo para William!, se le secaron las lágrimas.

Eran tan absorbentes las miradas de ambos...

William descubrió que María Pinkey—que así se llamaba la artista de poca monta—le había robado el corazón a pesar de ser él detective.

Sus encuentros eran más dulces cada vez y se repetían con frecuencia, a gusto de ambos, que se buscaban de continuo.

Inopinadamente llegó al Sanatorio un nuevo paciente. El esposo de la señora Richley.

Esta conversaba con el doctor cuando llegó su marido, pero ni una ni otro se inmutaron por su presencia.

Ella dijo a su marido, echándosele al cuello:

—Creía que tus negocios te retenían en Nueva York... ¿Cómo has venido por aquí?

—He venido porque también yo estoy neurasténico... todo lo veo negro—replicó el esposo.

Casualmente, un poco después, el señor Rich-

ley vió a María con William, y con visible satisfacción se acercó a saludarla.

María correspondió al saludo con efusión, mientras William, celoso, se preguntaba qué clase de relaciones tenían su novia y el desconocido, a juzgar por la simpatía que se profesaban.

Al marcharse el señor Richley, María se



*Sus encuentros eran más dulces cada vez...*

apresuró a decir a William quién era dicho señor.

—Es el pobre marido de la señora Richley. Un señor pacientísimo y de corazón de oro.

“Es el pobre marido”... quería decir muchas cosas... William ya había notado desde el pri-

mer día la afición a la soledad, juntos, del doctor y de la señora Richley.

¿Acaso el doctor se pasaba de listo sanando males?...

William no veía la cosa muy clara...

\* \* \*

Desde la llegada del esposo de la enferma que requería, como mejor medicina, las entrevistas a solas con el doctor del Sanatorio, William—y cuando éste no, otras personas, entre ellas la misma señora Richley,—vió con frecuencia a Mary Pinkey sostener con Richley misteriosos conciliábulos.

Lo que se decían tan en secreto, nadie lo sabía, y William se impacientaba por descifrar aquel enigma que le interesaba hondamente descubrir.

Alguna que otra vez la señora Richley había comentado con el doctor la ligereza del esposo con la "comiquilla", pero achacaba toda la culpa de la inclinación de aquél por María, a ésta misma.

Y, a pesar de que la señora Richley no tuviera la conciencia muy limpia, miraba con malos ojos la creciente amistad de la "comiquilla" con su marido.

El doctor *ni quitaba ni ponía rey* en aquel

juego, y seguía entrevistándose tranquilamente con la enferma que le apreciaba tanto.

Al fin y al cabo, él cumplía un deber de profesión.

Cierta tarde, William entró en la habitación de María cuando ella terminaba de escribir una carta, y como él viera que la joven, al sentirle llegar, había ocultado el escrito en sus manos, bromó así:

—¿Apuesto a que esta cartita es para mí!

—No, no, no... denegó María, retrocediendo a medida que William avanzaba a ella.

—Entonces... ¿para quién es?...

—¿Por qué me lo pregunta usted así?

—Porque me temo que es para ese viejo doctor... y si ello es verdad... Démela... Ah!...

—Ya la tengo!

—Pues, sí, es cierto... ¿Qué tiene de particular que yo le escriba?

—¿Ni una palabra más!... Puede usted hacer lo que quiera. ¡Adiós, no volverá a verme!

Lamento que tome usted la cosa de este modo.

—Yo tengo mis ideas, y hay cosas...

—¿Cree usted que hay cosas...?

—Yo tengo mis ideas...

—Sí... eso ya lo he oído... Sin embargo, a veces, las ideas son absurdas...

—Por última vez, ¿quiere usted ser franca? ¿Por qué escribe a ese viejo?

—Es usted demasiado exigente.



María había salido de su cuarto y descendía las escaleras del piso seguido por William, indeciso éste de hablarle de nuevo o apresurar el paso para perderla de vista.

El buen muchacho optó por lo primero y, después de alguna vacilación, detuvo a María, y ambos se sentaron sobre un peldaño de la



—Pues sí, es cierto... ¿Qué tiene de particular que yo le escriba?

escalera, casi al final de la misma.

—Un momento... Mi deber me obliga a decirle que se comienza a murmurar de su amistad con Richley.

—No tengo nada que reprocharme, William.

¿No me cree usted? ¿Tan poco crédito le merezco yo?

—María, yo sólo sé que la amo a usted con locura... y no sé más.

—Es usted un hombre de poca fe...

—Yo no la he querido faltar, María.

—Pero ese hombre... le estorba a usted, ¿no? Y, sin saber quién es, lo que representa para mí, hace usted, consigo mismo, comentarios acerca de nuestra amistad. Eso no está bien.

El señor que, desde días atrás tenía una sola preocupación—buscar un cuchillo que se le había perdido—se presentó de nuevo a William, y le interrumpió en su plática con María:

—¿Han encontrado el cuchillo?

—¡Qué cuchillo ni qué puñales!—exclamó William, al decirle María que aquel hombre era maniático.

Marchose, murmurando, el anormal, y reanudaron su conversación María y William.

Hay algo que no puedo explicarle, William—le manifestó María—pero confíe en mí y sea discreto.

Necesitando creer en ella, a quien amaba con toda su alma, William la contestó:

—María... creo lo que me dice, y creeré todo lo que me diga.

La aparición del doctor separó, a la fuerza, a los dos enamorados.

—No me gusta que el servicio pierda el tiempo—objetó el doctor a William.

—¡Si no lo perdía...!—replicó él.  
 —El servicio no debe codearse con la clientela más que para servirla... ¡Que no le vuelva a encontrar haciendo el tonto! Ahora, atienda bien... Voy a recogerme muy temprano y quiero que nadie me moleste durante la noche.  
 —Descanse tranquilo, señor; nadie le impor-



*La aparición del doctor separó, a la fuerza, a los dos enamorados.*

tunará.

Entretanto, María hacía llegar a su destino la carta que escribiera al señor Richley, la cual decía lo siguiente:

*"Muy estimado señor Richley:  
 "Le encontrará esta noche a la orilla del lago.  
 Mucha discreción y silencio. Ya sabe usted que todo depende del secreto de nuestras entrevistas."*

*María Pinky."*

Su instinto de sabueso anunció a William un próximo acontecimiento en el Sanatorio.  
 ¿En qué se fundaban sus temores?

A punto fijo no lo sabía... pero, tal vez, el misterio con que el doctor le había dicho que no quería ser molestado en toda la noche... y otras menudencias más.

Pero se acostó... y durmió poco y mal...

Al amanecer, se oyó el escándalo que produjo la rotura de un espejo, y William, llevándose las manos a la cabeza, se sintió presa del temor de la mala suerte que esa desgracia le acarrearía.

William se apresuró a ir a avisar al doctor, pues, a continuación del escándalo promovido por el cristal, se oyeron gritos, y ante la puerta de su cuarto, vio el siguiente aviso, que leyó:

*"Duermo profundamente.  
 "No se me despierte."*

*Dr. Robert."*



Para convencerse de si realmente el doctor estaba en su cuarto, William aplicó un ojo propio al de la cerradura, y vió que la puerta estaba cerrada y la cama vacía.

—¿Dónde andará ese pájaro?... ¿Con la...?

William volvió al pie de la escalera, desde donde oyera gritos y carreras y donde muchos



*Al amanecer, se oyó el escándalo que produjo la rotura de un espejo...*

clientes se habían congregado afanosos de saber lo que ocurría.

Una señora, haciendo gestos desacompañados, descendió desde el primer piso mostrando una

bolsa a todos los que estaban en la planta baja, y les decía:

—El ladrón iba por mis alhajas, pero se ha llevado un gran chasco... Mis alhajas las tenía yo en esta bolsa.

Como se deduce, se trataba de una tentativa de robo.



*... y vió que la puerta estaba cerrada y la cama vacía.*

De súbito, la señora Richley apareció gritando con desespero:

—¿Enrique! ¿Enrique! ¿Mi marido ha desaparecido!

—¡¿Cómo!—exclamaron todos.

—¡Sí, desaparecido!—confirmó la citada.—Al oír el ruido y gritos que nos han despertado a todos, me precipité en la alcoba de mi marido, pero había desaparecido.

—Quizás haya ido en persecución de los ladrones—opinaron algunos.

El doctor llegó en este momento, y William lo miró de muy mal modo...

La señora Richley, seguida de todos, buscaba por todas partes a su marido, cuya ausencia era inexplicable y, a la puerta del Sanatorio hallaron a María Pinky durmiendo tranquilamente en una hamaca.

La citada señora zarandó a la "comiquilla", con quien, como se sabe, el desaparecido era muy atento... demasiado, según la esposa...

—¿Dónde está mi esposo, mi pobre Enrique?—le preguntó la señora Richley.

La requerida clavó sus pícaros oculares en su "rival" y, cuando todos creían que, por temor, iba a confesar dónde estaba Enrique, se palpó los vestidos y contestó:

—Regístreme los bolsillos, a ver si lo encuentra.

El doctor, tranquilizando a la señora, tomó cartas en el asunto:

—¿Por qué estaba usted aquí fuera?

—Sali anoche a dar una vuelta y cuando volví encontré la puerta cerrada y tuve que pasar-me la noche al fresco.

William, refiriéndose al doctor, dijo también, para que se dejara en paz a María:

—¿Es curioso cómo duermen algunas personas! Sin ocupar la cama y sin oír gritos capaces de despertar a un muerto, ¡Curioso fenómeno!

—¡Joven, yo soy uno de esos curiosos fenómenos!—respondió el doctor, como si William no hablase por él. Y añadió:—Cuando duermo, nada me despierta!

Así las cosas, sin que ni el desaparecido apareciera ni el culpable tampoco, pasó la mañana, durante la cual William estuvo infatigable buscando huellas por todas partes.

El *sheriff* Wells, padre de William, avisado por el doctor por recadero urgente, llegó de la vecina aldea para instruir las primeras diligencias sobre la desaparición del señor Richley.

—¡Hola, papá!!—saludó el hijo.

—¡Hola, famoso detective! Ya recibí tus cartas... Me alegré de que tuvieras que venir aquí por deber... para ver lo que haces.

—Por ahora, no es un gran empleo el que tengo... Sin embargo, pueda que desde hoy... o mañana... demuestre que valgo para más...

—¿Vas a comer sandía con el culpable del suceso que ha ocurrido aquí?

—Aquí no hay sandías, ni cacahuetes, ni ná!

El maniático del Sanatorio se acercó al *sheriff*—una cara nueva—y, como a todos los que le venían a mano, le preguntó:

—¿Han encontrado el cuchillo?



—¿Qué cuchillo?

—El que yo busco.

—Vamos, hombre... ¿No se lo habrá comido usted?—contestóle el *sheriff* comprendiendo.

El culpable del robo frustrado estaba en el Sanatorio.

Sin duda, se habrá adivinado ya que era David Keen.

A éste se le quitó un peso de encima al ver que el *sheriff* no le había reconocido entre los demás clientes que seguían el curso de los acontecimientos con sumo interés.

La señora Richley acusó a María, y el *sheriff* registró el cuarto de la cómoda y el del desaparecido, encontrando los pedazos de la carta que ella escribiera a éste citándole a la orilla del río.

—No se autie romper los papeles en fragmentos tan menudos, de no haber razones especiales—comentó el *sheriff*.

—En efecto—asintieron todos.

—Es la letra de la "comiquilla"—afirmó la señora Richley.

Entretanto, William, acompañado de María, investigaba el camino comprendido desde el Sanatorio hasta el lago.

—Sangre!—clamó contemplando unas huellas a través de una lupa, que sólo desaparecían a la orilla misma del agua.

—Ya tengo la clave... O mejor dicho, la tiene el lago.

El *sheriff* y los que llegaban con él, se detu-

vieron interesados por las declaraciones de William, quien prosiguió ensimismado:

—Me parece que aquí ha habido un asesinato.

—Oh!—gimió la "viuda".

—Deben de haber arrastrado el cuerpo hasta aquí y luego lo han arrojado al fondo del lago.

—¿Quizá se fué a dar un paseo en bote!—alguien dijo.

—En todo el lago no hay más bote que ese, y como vez, está sólidamente anclado.

La señora Richley acusó de pleno a María, entre grandes sollozos.

—¡Ella cometió el crimen! ¡Esa mujer! Todas las apariencias la condenan. Probablemente atrajo a mi marido hacia aquí y después ella y sus cómplices le robaron y asesinaron.

William miraba alternativamente a la señora Richley y al doctor, e hizo en el acto su deducción. Eran demasiado exagerados aquellos gestos y aquellas lágrimas para que fuesen sinceros.

El *sheriff*, que era la única autoridad allí, tomó una rápida determinación.

—Bueno... Por de pronto detendremos a esa señorita... Luego se registrará el lago—dijo arrestando a María, que se asustó.

William, que no podía consentir en ello, no pudo aguantarse más, y acusó a los que le inspiraban sospechas por el misterio de sus... relaciones.

—¡Esos, el doctor y esta dama, esposa del desaparecido, son los culpables! Y los infames

tratan de descargar su crimen sobre la pobre señorita Pinky.

—¡Nosotros!!—protestaron aquéllos.

—¡Oh!—repitieron todos.

—Sí, ellos son... Esta mañana, doctor, durante el tumulto, miré por el ojo de la cerradura de su cuarto y descubrí que estaba vacío. ¡Ah! ¿Dónde estaba usted? Yo lo adivino. Todos lo adivinarán...

Entusiasmado por su talento y elocuencia, William hablaba por los codos y su imaginación no tenía límites.

Su padre, perdido en un mar de confusiones, manifestó a su hijo:

—Bueno, muchacho, ocúpate de este asunto, mientras llegan, mañana, los detectives de la ciudad.

El doctor y la señorita Richley estaban atemorizados, y esperaban con impaciencia la llegada de los detectives que aclararan los hechos que se les imputaban.

William llevó a la práctica un plan original. Se transformó, llegada la noche, en Enrique Richley, para infundir pavor a la esposa de la víctima y obligarla a que confesara.

Y, a eso de media noche, se presentó en su cuarto, sumido en una dulce semioscuridad.

William tosió.

—¡Enrique, Enrique de mi vida! ¿Qué alegría! ¿No te han asesinado!—exclamó, desde su lecho, con sinceridad, la esposa, creyendo que veía a su marido.

William se limitó a volver a toser.

—¡Enrique! ¡Te juro que te querré de aquí en adelante mucho más!

Había en las palabras de la esposa un dolor profundo, y William quedó convencido de la sinceridad del mismo, y de que era, por tanto, inocente.

No era por allí, pues, por donde debía seguir investigando.

El doctor era, entonces, el culpable, y vigiló la puerta de su cuarto, de la que le vió salir, al poco rato, con mucha cautela.

—¡Ah! ¡Ya le tengo!—pensó William.

El doctor se introdujo en el corredor misterioso, seguro de que nadie lo seguiría, pero William, que ya conocía ese secreto, fué tras de aquél.

Al final de la galería, y escondida en la espesura del jardín, había una casita, en la que entró el director del Sanatorio.

William atisbó el interior desde un tragaluz.

Y vió ¡pásmense!, al doctor, una señora y varios niños de corta edad.

Y oyó:

—¡Marido mío! Si tú, por retener a aquella millonaria en el Sanatorio, no la hubieras dicho que eras soltero, no te verías obligado a visitar a tu mujer y a tus hijos como un ladrón y a tenerlos escondidos, so pena de aparecer ante tus clientes como un hombre falso que oculta su condición.



—Si, tienes razón, mujercita mía... pero estoy decidido a no seguir fingiendo lo que no soy. Dejaré que se arregle un lamentable suceso que ha tenido lugar en el Sanatorio... y después, viviremos todos en él. Esa señora Richley es una neurasténica que ya quería mandar hacer tiempo a paseo ¡pero como paga tan bien!... en fin,



*William abrió el interior desde un tragaluz.*

a quien no le guste que yo esté casado... que se vaya... y en paz... Yo no quiero más líos.

Asombrado, William perdió el equilibrio y se cayó por el tragaluz, sin herirse, por fortuna, al interior de la casa, a los mismos pies de la familia del doctor, que buen susto se llevó.

—Dispense usted, doctor... Usted también es inocente—reconoció William.

¡Caramba, eso era hacer plancha sobre plancha!

Excusóle el doctor, y William ya no quiso seguir investigando mientras no llegaran los detectives.

Al día siguiente, éstos se presentaron en el Sanatorio y no perdieron el tiempo.

Temeroso de ellos, Keen preparaba la fuga. Huiría por el pasadizo secreto, cuya existencia él descubrió también por casualidad, por un olvido de William...

Los detectives abrumaron a preguntas a María, presunta autora de la desaparición del señor Richley, y la muchacha, mareada ya con tanta historia, se mantuvo en un absoluto mutismo después de declarar:

—Por última vez, digo y repito que yo no le he matado.

Muy preocupados estaban los detectives.

De pronto, uno de los enfermos (*que nosotros ya conocemos*) se acercó a ellos y les preguntó con misterio:

—¿Han encontrado ustedes el cuchillo?

—¿El cuchillo? ¿El del criminal?—dijo uno de aquéllos, sorprendido, deteniéndole en el acto.

Todos creyeron que, en realidad, el maniático era el misterioso culpable, y el pobre hombre pasó un mal rato.

Pero, pronto se convencieron de su error y lo dejaron en libertad.

—Déjalo, hombre... Debe ser un antiguo maestro de escuela, ¿no lo ves?—hizo observar el otro detective a su compañero.

—¿Por qué?...

—Se bataba, sin duda, de hacer afilar lápices a sus discípulos, y se volvió loco cuando perdió el cuchillo.



... el pobre hombre pasó un mal rato

Rióse el detective menos listo de la ocurrencia de su camarada, mientras el maniático, refunfuñando, siguió escuchando lo que decían los policías a la "comiquilla".

Ellos estaban convencidos de que María era

la culpable, puesto que se negaba a hablar, y ante el peligro de ser esposadas las muñecas de su gentil enamorada, William hizo un gesto sublime.

—¡Yo soy el asesino!—dijo.

El *sheriff*, su padre, desmintió la declaración de su hijo.

El muy necio se acusa a sí mismo para proteger a la muchacha... Lo único que él ha matado ha sido el tiempo leyendo novelas de detectives.

La Providencia no quiso permitir que los enamorados sufriesen por más tiempo, y ofreció a William la ocasión de ganar fama con una sola aventura.

He aquí lo que pasó:

William vio a Keen, con un maletín en una mano, introducirse en el corredor secreto, y, ni corto ni perezoso, se lanzó en su persecución.

Como él sabía dónde daba la salida, William clavó un cuchillo entre la pared y la puerta del pasaje secreto, para impedir que ésta pudiese ser movida desde el interior del corredor.

Esto lo hizo William para evitar que, yéndole al encuentro, por la salida del jardín, el culpable no pudiera escapar, retrocediendo y haciendo mover la trampa.

Su idea obtuvo completo éxito, pues Keen fué cogido por él sin medio de evasión posible.

Con la satisfacción que se supone, William condujo al que, con su tentativa de huida, se



confesaba culpable, ante los detectives que condenaban sin compasión a María, causándoles este hecho insospechado enorme impresión.

—Aquí está el verdadero causante de todo! —dijo, dándoselas de Nick Carter y demás familia.

—¡Hola, hola. "el Calvo" por aquí! —exclamaron los agentes, reconociendo en Keen a un peligroso sujeto. Y agregaron:—Cinco mil dólares ofrecían las autoridades a quien le capturara.

En esto, apareció el señor Richley, calado hasta los huesos.

—Mi marido! —gritó la esposa abrazándolo.

Estoy chorreando, hijita... Voy a cambiarme.

—¿Qué explicación tiene todo esto? preguntaron los detectives.

William expuso su criterio:

—Se deduce una cosa: que este sujeto, "el Calvo", según ustedes, quiso robar las joyas de una cliente de este establecimiento. Lo demás, se lo podemos preguntar al mismo señor Richley.

—Yo aclararé el punto que se refiere a este señor intervino María renunciando a su mutismo.

Cuente, cuente —la rogó, ansioso, el doctor.

—Pues... ya verán ustedes que la cosa no tiene mucha importancia... Yo había combinado un plan con el señor Richley—que es amigo mío

por haber sido, mi difunto padre, su mejor camarada cuando los dos no tenían un céntimo—para que su mujer, coqueta de su natural, tuviese celos de mí y se ocupara más de él. Esa prueba fracasó, y para probar de nuevo, convencí a Richley que desapareciera por unos cuantos días.

—¿Dónde debía ocultarse para no ser visto?

—Ningún sitio más a propósito que la otra linde del lago, como una isla.

—Quedó convenido que yo le llevaría, a las horas reglamentarias, los alimentos necesarios, pero también le dije:—Si ocurre algo que me impida salir para llevarle a usted la comida, haré una señal con una luz desde mi ventana, y en ese caso debe volver a la orilla nadando...

—Esto es lo que ha sucedido. Hambriento, pues estaba en ayunas desde ayer, Richley se ha decidido hoy a atravesar el lago. La idea no ha dado los resultados apetecidos... pero no se me negará... que la idea era buena."

El relato de María hizo reír a todos, y el doctor, que no tenía ninguna culpa ni en el galanteo discreto que hacía, o, mejor, que le obligaba a hacerla la señora del rico, respiró a sus anchas, libre de dudas y recelos.

William, *incorruptible*, se hizo explicar ciertos detalles.

—Yo encontré un reguero de sangre. ¿Qué justificación puede tener eso?

—Muy sencillo—dijo María, chanceándose.

—Era confitura de fresa... Fui regando con ella el camino conforme nos dirigíamos al lago.

—¿Por qué no me lo dijo antes?—objetó, sin mucho enfado, William a María.

—No era conveniente.

—Esto sí que es curioso!—reconoció jovialmente William.

El *sheriff* se sonreía.

El doctor se felicitaba de la inmejorable solución dada al gran lío que se había armado, y después de todo eso, se imponía una brillante apoteosis.

Y el apoteosis fué justa y merecida.

Entre la aprobación general, uno de los detectives de la ciudad dijo a William:

—Los cinco mil dólares son para usted. Ya tiene con eso para algo más que la boda, pues, por lo que veo, las cosas van por ese camino.

William y María se sentían más felices que nunca, y ambos se forjaban mil ensueños de inextinguible ventura.

Muy apretaditos, se escurrieron a un lugar solitario, para decirse muchas cosas, y sólo se podía oír el murmullo de sus risas; y una vez se oyó la voz de María:

—Cuando seamos marido y mujer, quiero que te afectes todos los días... o te prohibiré besarme... Por hoy... te perdono...

¡Ah! ¡Por fin! ¡Ya encontré el cuchillo!—repetía, saltando de contento, el maniático.

En efecto, había encontrado un cuchillo; el que William clavaba entre la puerta secreta y la pared.

No era tan loco el loco como parecía... sino un hombre de mucha voluntad... y a fuerza de buscarlo... ¡lo había encontrado!

El *sheriff* era también dichoso. Muy ufano, comentaba con el doctor:

—Ya decía yo que mi hijo llegaría a ser un gran detective.

Pero, para William, —que dimitía desde aquel momento—sólo una gloria le importaba: la de haberse amado.

¡Ay, amor, qué cosas tienes!...

FIN

---

Revisado por la censura militar

---



Al éxito franco obtenido por  
la interesantísima novela

## LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

publicada en el primer volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

según la adaptación cinematográfica de  
la genial obra de Xavier de Montepin,  
seguirá la novela de gran fama y mérito

## LA MADONA DE LAS ROSAS

según el argumento escrito expresamente  
para la cinematografía por el insigne  
escritor español **Jacinto Benavente.**

**¡NO LO OLVIDE USTED!**

Precio popular de cada volumen de dicha  
Biblioteca, lujosamente presentado

**1 peseta**

## PRÓXIMO NÚMERO

La dramática producción nacional de gran argumento

## EL MARTIRIO DEL VIVIR

PROTAGONISTA:

**PAQUITA ARROYO**

El destino hace y deshace a su capricho la vida de cada uno de nosotros. Cuando la adversidad se ensaña cruelmente en una familia, es un martirio el vivir...

No es justo que los desvalidos del mundo obtengan, a través de sus muchos sufrimientos, la clara visión de un país de piedad para poder seguir viviendo.

En **El Martirio del Vivir** los sacrificios son muchos... y la merecida recompensa de la abnegación y de la virtud que vive a sus víctimas en una aureola de bondad sublime para encaminarlas con paso firme y sereno hacia la vida...

**¡Adquiera usted esta novelita!**

Postal-Regalo: **WILLIAM FARROW**

LA NOVELA FILM sale todos los Martes en toda España • PRECIO 30 CTS. • Publicación selecta

Colocaciones completas y números  
sueltos atrasados a precios corrientes,  
de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL  
ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S.A.  
Barbarrá, 16 - BARCELONA,  
en sus Agencias de Provincias  
y en todos los kioscos de España

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Chapas o Viento bravo	El jorro Redardus
2	Las dos riquezas	El Peñolento de Yenda
3	Unidad Femenina	La Batalla
4	Las cinco jiras del apocápsis	Los enemigos de la mujer
5	Las espas de los hombres rios	Violetas Imperiales
6	Boring, El Agre -	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Beighan
8	Helotropo	Bébé Daniels
9	Ceraxon triunfante	Douglas Mac Lean
10	Par la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Marmuración	Charles Ray
12	El Indecente	Vivian Martin
13	Came aman las Mujeres	Koster Atinckle (Fally)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Par salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De Heista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Miliklan Pulso	Bessie Love
21	La coquina irresistible	Gumia Navarro
22	El sarrolo profesional	Habel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	(Valiente Luna de miel)	Lois Wilson
25	El canto del amor trinitante	Antonia Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)



